

EL TRIUNFO DE LA PACIENCIA

Pastor: Oscar Arocha

Julio 3, 2011

Iglesia Bautista de la Gracia

Santiago, República Dominicana

“Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.” – Lucas 21:19

La ocasión de estas palabras fue cuando nuestro Salvador profetizó a Sus discípulos un tiempo de extrema *adversidad en la tierra*; óigalo: *“Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará;”* los incrédulos vivirán en un estado de inmoralidad y violencia desenfrenada, o crueldad múltiple, y los verdaderos Creyentes en su estado de más baja piedad, o de débil influencia que no podrá atenuar la maldad de los impíos. Un caballo desbocado y sin freno. Muchos males y poca santidad, será algo terrible; oiga lo que sigue: *“Habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo... Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas.”* Será una situación espantoso. Ante eso uno se tapa la boca y exclama: iiiWao!!! Es una escena escalofriante, perturbadora aun para el hombre más fuerte.

En tal miserable estado la Gracia de Cristo brilla con intensa gloria en cuanto a Su oficio de Salvador; revela a Su pueblo el medio de protección de tan terrible mal: *“Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas,”* esto es, que Cristo ha comprado para el beneficio de los Suyos cómo luchar y triunfar. Oiga como lo dijo: *“Con vuestra paciencia”*, esto es, que a pesar de la debilidad de Su pueblo en medio de tal desenfreno, podrán gustar el triunfo de la paciencia. Así que, es hermosa y consoladora la demostración que hace de Su oficio de Salvador, ya que puso en la mochila de guerra de Sus soldados el arma para vencer: *“Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.”* La paciencia es: El cultivo de un estado de calma y quietud de mente; no importando lo terrible de las pruebas que vengan contra uno. Este ganar es esencial para alcanzar felicidad. Hermoso y dulce el poder de la Gracia que Cristo con Su inocente sangre ha comprado para el bien de Su pueblo. Soli Deo Gloria.

En este estudio nos concentraremos en dos asuntos, ganar el alma, y la paciencia, y lo estudiaremos así: Uno, ¿Qué es ganar el alma? Dos, la naturaleza y operación de la Paciencia. Tres, Retos contra la paciencia. Cuatro, Estímulos a la paciencia.

(1). ¿QUÉ ES GANAR EL ALMA?

La respuesta será en tres partes: Explicar este ganar. Luego, perseguir este ganar, y la felicidad de ganar el alma.

Explicando Ganar el alma

Leemos de nuevo: “*Ganaréis vuestras almas,*” esto es, que la tendencia prevaleciente en un estado de tanta corrupción y maldad es perder el control de uno mismo, o que de algún modo seríamos arrastrados a desviarnos del sincero amor a Cristo, y en tal caso necesitaríamos ganarse uno mismo. “*Ganar*” aquí también puede ser traducida como comprar, o adquirir, e implica libertarla de la turbación de la mente. Es como si estuviésemos en medio de un jolgorio de gente con el riesgo de perdernos, pero el mantener la mente atenta y con juicio se evitaría. Además que allí sería frecuente perder el buen juicio, o el norte de la fe. Un caso ilustra: “*Y el hijo volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!*” (Lucas 15:10); el hijo no supo esperar con paciencia la herencia, se alocó; pero luego ganó su alma: “*Volviendo en sí.*” Entonces decimos: Ganar el alma es mantener el norte de la fe, o el buen juicio evangélico, o no alocarse; a pesar de circunstancias contrarias.

El Peligro. Ningún hombre podrá festejar su corazón con la esperanza de gloria, a menos que tenga control sobre su mente. Si su cabeza está alterada, en desorden, o intranquila no podrá saborearlo; si la perdió, ha de rescatarla. Un caso: “*Meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad (esto es, sed paciente)... Tú diste alegría a mi corazón Mayor que la de ellos cuando abundaba su grano*” (Salmos 4:4,7); notemos que el salmista se ocupó en cultivar comunión con su propio corazón, cuidó su mente de no pecar, la controló; fue como si preparase la tierra para un valioso sembrado, y fue bendecido: “*Tú diste alegría a mi corazón,*” el gozo en Dios requiere tener la mente en calma, o lo que es lo mismo, ganarla. Para destacar el valor de ganar el alma veamos un caso en contrario; oiga lo que dijo Samuel a Saúl: “*Como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey*” (1 Samuel 15:23); ahora el mal efecto de perderla: “*... Un espíritu malo de parte de Dios tomó a Saúl, y él desvariaba en medio de la casa*” (1 Samuel 17:10). Si uno estudia la vida de este rey, notará que las circunstancias lo alocaban. Cristo profetiza circunstancias adversas, contrarias y difíciles para Su pueblo, y si el Creyente no se ocupa con diligencia en ganar su alma, su desasosiego sería terrible, su mente y corazón estarán como el mar agitado; ansioso, turbado. Tener dominio sobre la mente es asunto de vital importancia al Creyente.

Ilustraciones. Este dominio de la mente tiene además un tremendo poder evangelístico; nótese: “*Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas... en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios*” (1 Pedro 3:1,3); su circunstancia externa fue dolorosa, pero su poder no residía en hablar, sino callar pacientemente, el fruto de controlar su mente: “*Un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios.*” En esta carta el apóstol lo enfatiza, no sólo en el caso particular de hermanas con maridos incrédulos, sino también a todo Creyente, ya que luego escribe: “*De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien*” (1 Pedro 4:19). Mire el orden; circunstancias difícil con dominio mental, y el agradable fruto de paz interna. El “*bien*” que glorifica al Señor se hace en quietud interna. Así lo dice Salomón: “*Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de la vida*” (Pro.4:23 BLA), esto es, controla tu ser interior y te deleitarás con paz y gozo evangélico.

La Promesa. Añadimos que el gozo por haber ganado el alma mantiene su mirada en lo que está delante, la promesa de gloria eterna; notémoslo: *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2)*; la manera de menospreciar el oprobio o levantarse por encima de la prueba, y al mismo tiempo ganar el alma es imitar con fe al Señor Jesús, o mirando la promesa. Esta ganancia nos llevaría aplicarlo luego de esta forma: *“Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo respecto de sí mismo, y no en otro” (Gálatas 6:4)*; esto es lo que llamaríamos el placer del buen hacer, ya que el Creyente se gozaría en lo que hizo, sin compararse con el otro. Comentando sobre este verso, el ministro Samuel Wright escribió: *“En este caso uno estaría probando nuestras obras por la regla de verdad y justicia, la Palabra de Dios, y no por los sentimientos y conducta de otra gente. Esta es la manera de regocijarse en uno mismo, o lo que es lo mismo: ganar nuestras almas.”* En resumen ganar el alma es: Mantener el norte de la fe, o el buen juicio evangélico, en especial bajo las pruebas.

Hemos de Perseguir este Ganar

Ganar el alma, o poseerla que es lo mismo, ha de ser el fin principal de todo Creyente. Nuestro Salvador lo sentenció así: *“¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mateo 16:26)*; mi alma es mi vida, Yo mismo, mi posesión más valiosa, entonces dedicaré a mi alma el mayor cuidado y empeño; en este mundo nada ni nadie vale más que Yo mismo. Si Yo no existiera no podría valorar cosa alguna fuera de mí; de manera, pues, que he de tratar de ganar mi alma y atesorar en ella el mayor y mejor de todo juicio de buen valor posible, lo cual no es otra cosa que atesorar el Evangelio; sólo así pudiera ganarla, de lo contrario se pierde. Afirmamos, pues, que si la llenamos de vanidad la perderíamos, pero si fuese con la verdad, la ganaríamos. Dicho de otro modo, que tu mente contendría lo que le pusiste. Si pusiste tesoros de la sabiduría de Cristo, cuando venga la prueba te sería más fácil vencer, o ganar tu alma; oyelo: *“La sabiduría fortalece al sabio más que diez poderosos que haya en una ciudad” (Eclesiastés 7:19)*.

Es cacería razonable. La facultad más fuerte, presionante e inundante en el pecho humano son los deseos, y el rico, obtiene las tres metas de la codicia terrenal: Dinero, placeres y protagonismo. Llenó su mente con estas tres, y lo hizo con abundancia, se llenó tanto de vanidad terrenal que no dejó espacio para meter algo de la sabiduría divina; ahora veamos como Cristo considera este necio y miserable persona: *“Más ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo” (Lucas 6:24)*; no hay doble cielo para nadie; el rico no pudo ganar su alma; no disponía de armas espirituales para silenciar la vanidad de su mente, y se fue al otro mundo a un estado de agonía y confusión perpetua. La capacidad de su intelecto e inteligencia para recibir información y convertirla en dinero le sirvieron sólo para llevarle a un estado de extrema miseria. Perdió su alma: *“En el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos” (Lucas 16:23)*. Terrible cuadro.

Recordando que este ganar ha de ser nuestro objetivo, quisiera acentuar el gran valor que Dios ha puesto sobre el alma del ser humano; mire estos textos: *“Los ángeles son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación... Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham... Porque todo es vuestro: Sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (Hebreos 1:14; 2:16; 1 Corintios 3:21)*. El Señor

ha atado todo lo que está en los cielos y en la tierra con el fin de promocionar la felicidad y confort del ser humano. A más de esto, ha añadido este decreto eterno: *“Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”* (Romanos 8:28). De manera, que Dios ve el alma como altamente valiosa, así hemos de verla nosotros, o que lo necesario para ti y para mi es ganarla o poseerla. Y si el Único, y Sabio Dios hace todo con el fin de dar eterna felicidad a nuestras almas, ¿no haremos lo mismo? o que lo sabio y justo es andar por el camino que Cristo ha establecido, o perseguir ganarlas. Dicho de otro modo, que todas las criaturas han sido sujetadas por el Creador con este fin, ganar tu alma.

Es razonable. Un profesor universitario decía, con no poca razón, que todas las cosas en este mundo son como las aguas del mar; cuando sube de un lado baja del otro. Si alguno adquiere tierras, otro la ha perdido; si dinero, otro tiene menos, o que cuando alguien persigue y alcanza algo, por necesidad otro tendría menos. Decimos, pues, que no es posible obtener algún bien en una medida apreciable sin que no traiga problemas y otros sean provocados a la envidia. Pero cuando se persigue ganar el alma, de seguro que ningún otro pierde, por el contrario mi prójimo de algún modo ganaría. Entonces ganar el alma libra de no pocos problemas y trae muchísimo provecho.

La Felicidad de Ganar el Alma

Mientras más cercano sea el gozo, más fuerte y placentero. Nada tan cercano como el alma; o que ninguna posesión externa será de tal valor e importancia como lo es poseer el alma de uno mismo. La verdadera felicidad no está fuera de uno, sino en uno, y consiste en algo verdadero, excelente, obtenible por mí, y que no se pueda perder. Y precisamente eso es lo que Dios nos ha dado en Cristo, la posesión de mi propia alma, que mi paz no dependa de algo fuera de mí. Nótese que en medio de la gran tribulación el Señor manda a cuidar el alma, y no otra cosa.

1. Ninguna posesión fuera de uno es tan importante como el disfrute en el alma. Si somos honesto estaremos de acuerdo, que la adquisición de bienes terrenales son inciertos y no llenan; dicho de otro modo, que no estamos seguros de obtenerlos ni de mantenerlo; peor aun, que quienes obtienen abundancia de tales bienes, son muchas veces miserables con la expectativa de perderlo en cualquier momento; oigámoslo: *“¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas como alas de águila, y volarán al cielo... Hay un mal doloroso que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas por sus dueños para su mal”* (Proverbios 23:5; Eclesiastés 5:13); quien escribió estas verdades fue el hombre más rico que ha pisado la tierra, y dijo que este mundo nunca, nunca, nunca ha hecho un hombre feliz, y agregó que las riquezas roban la posesión del alma. Hay quienes ahorran grandes fortunas para una enfermedad en su vejez, se enferman, lo pierden todo, y los médicos le hacen la vida aun más miserable. El esfuerzo que todo hombre debe hacer no sea tanto, dinero para enfrentar las posibles adversidades futuras, sino para llevar su alma a un estado de placer y deleite en medio de un cáncer; que esté persuadidos de esto: *“Que ninguna cosa creada pueda separarlo del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Romanos 8:39), esto es, posesión de su alma.
2. Hermano: No hay manera alguna de poseer tu alma, que no sea creyendo y obedeciendo el Evangelio. En esto de la posesión del alma mucho se ha escrito, los filósofos y moralistas han dicho algo al respecto, y mucho avance lograron, pero ninguno de ellos pudo poseer su alma, unos la perdieron en vida, y otros al morir. Pero me aventuro a decir que el verdadero Creyente

más débil en la fe logró poseer lo que grandes genios de la humanidad no pudieron. Ignoraban el estado del alma después de la muerte, asunto que conoce el menor de los Cristianos. No ha existido ni existirá filósofo o moralista alguno con esta confianza sobre el estado futuro de su alma; oigámosle: *“De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del Evangelio de la Gracia de Dios... No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación... Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre”* (Hechos 20:24; Filemón 4:11; Hebreos 6:18). Estaba absolutamente seguro de la posesión de su alma, aquí y después de aquí.

Pregunta: ¿Qué ocurrió en la vida de este hombre que pudo hablar así? Respuesta: Que mediante el creer en Cristo su alma fue echada en el molde del Evangelio. Hagamos lo mismo.

Hoy iniciamos a considerar este texto: “Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas”, y se tituló como: “El triunfo de la Paciencia”, e hicimos esta pregunta: ¿Qué es Ganar el Alma? Se respondió en tres partes: Explicando este ganar. Luego, perseguirlo, y su estado feliz. Ganar el alma es el cultivo de un estado de calma y quietud de mente; no importando lo terrible de las pruebas que vengan contra uno; esencial para alcanzar felicidad. Es mantener el norte de la fe, o el buen juicio evangélico, o no alocarse con la mente natural o del mundo. Poseer el alma es la gran felicidad del verdadero Cristiano en su transitar por esta tierra.

APLICACIÓN

1. Amigo: Tu alma eres tú mismo, no vayas a pensar que se trata de algo extraño. Te ruego, pues, que no seas participe de la locura de la mayoría de los hombres, viven como si no tuvieran almas. Son como aquella mujer, cuya casa estaba en llamas y se ocupó de salvar primero los muebles y la TV, olvidándose de sus niños; cuando quiso salvarlos fue muy tarde, el fuego los había consumido. Los incrédulos están dispuestos a morir por su carnalidad, pero no por sus almas. No sabemos si eres como la mayoría, pero aun si lo fuese te digo hoy, que para tu mal hay remedio: “Porque el que quiera salvar su vida la perderá, y el que pierda su vida por causa de mí la hallará... Ven, pues a Cristo el Salvador, y por siempre vivirás.”